

La Palabra de Dios es pura; cada palabra contiene vida eterna; y el que aplasta una palabra a la tierra, encontrará que esta se levantará contra él, para borrar su nombre del Libro de la Vida.

Todo el Apocalipsis de Jesucristo, por el ángel Gabriel al profeta Juan, habla del inefable amor de nuestro Padre y nuestro Hermano; y del anhelo en las cortes del cielo por la finalización del conflicto con el pecado; y de la restauración del hombre a su lugar alrededor del trono. Las últimas palabras de Cristo conciernen a Su venida. Él las pronuncia Él mismo, como para hacerlas doblemente impresionantes. «Ciertamente vengo pronto» (Apocalipsis 22:20). «He aquí, Yo estoy con vosotros todos los días» (Mateo 28:20), cayó como una bendición de despedida cuando la nube recibió al Salvador resucitado; «Ciertamente vengo pronto» (Apocalipsis 22:20) es el mensaje personal enviado a nosotros que hoy esperamos la consumación. Y nuestros corazones responden, como con Juan decimos: «Amén; sí, ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20).

24. El Santuario y Su Servicio

EL libro de Apocalipsis es una revelación de la obra de Cristo en el santuario celestial. El primer capítulo lo presenta caminando en medio de los siete candeleros, guardando y dirigiendo a su pueblo. En el cuarto capítulo, tenemos una vista del trono de Dios en el santuario celestial, con las siete lámparas de fuego ardiendo ante el trono. El octavo capítulo revela a nuestro gran Sumo Sacerdote añadiendo mucho incienso a las oraciones de su pueblo, mientras las presenta ante el trono. El undécimo capítulo abre el lugar santísimo y revela el arca del pacto de Dios que contiene su ley. Con estos hechos ante nosotros, un estudio del libro de Apocalipsis no está completo sin un capítulo sobre el santuario y su servicio.

El santuario terrenal era un tipo del celestial. En él, hombres divinamente designados por el Señor sirvieron «a modo de ejemplo y sombra de las cosas celestiales». El santuario estaba rodeado por un atrio. En este atrio se reunía el

pueblo y se inmolaban las ofrendas. Nunca se derramó sangre dentro del lugar santo ni del lugar santísimo. Este era el tipo, y revelaba claramente el antetipo. Cristo vino y ofreció su vida en el atrio antitípico, —esta tierra— donde mora su pueblo. Luego entró en el santuario celestial con su propia sangre, para presentarla ante el Padre en favor del hombre. El pueblo solo podía entrar al atrio del santuario terrenal; nadie más que los sacerdotes entraba a los lugares santos.

El pueblo de Dios hoy está en el atrio exterior, —la tierra— y por fe sigue a su Sumo Sacerdote que oficia por ellos en los lugares santos.

Había virtud en cada servicio del santuario antiguo para aquel que por fe cooperaba con el sacerdote en el servicio. Aquellos sacerdotes sirvieron «a modo de ejemplo y sombra de las cosas celestiales», y nuestro Sumo Sacerdote está ahora realizando la obra real, de la cual aquello era una sombra, y cada individuo, que por fe lo siga en ese servicio, será bendecido. Cada mañana y tarde el sumo sacerdote en el santuario antiguo entraba al lugar santo y colocaba incienso fresco sobre el fuego que ardía constantemente en el altar de oro. Se colocaba suficiente incienso cada mañana para durar todo el día, y por la tarde el suministro era suficiente para mantener el humo fragante ascendiendo durante todas las horas sombrías de la noche. Mientras Israel acampaba alrededor del tabernáculo, cada persona insomne podía detectar la fragancia del incienso del santuario mientras era llevada por las brisas de la noche. Mientras el sacerdote colocaba el incienso en el fuego sagrado, y el denso volumen de humo fragante ascendía, las oraciones de toda la multitud ascendían con el humo. ¿Qué podría representar de manera más adecuada el incienso real, —la justicia de Cristo— que Él añada a las oraciones de su pueblo desde el altar de oro ante el trono del Padre en el cielo? Los sacerdotes terrenales sirvieron «a modo de ejemplo y sombra de las cosas celestiales». Aquellos que creen esto pueden saber que cada mañana se ofrece un abundante suministro de la justicia de Cristo, y mientras derraman su alma ante Dios, sus oraciones no ascenderán solas; porque el gran Sumo Sacerdote añadirá «mucho incienso» con ellas, y el Padre, al ver la justicia de su Hijo, aceptará las débiles peticiones de su hijo. Todo el día y toda la noche

ascendió el incienso; representaba un suministro inagotable, y testificaba que cada vez que un pecador clama por ayuda, hay justicia para él.

En el lado norte del lugar santo estaba la mesa de oro, con sus doce panes. Este pan se llamaba «pan de la presencia». (Éx. 25:30. (Young's Trans.)). Cristo es el «pan vivo», que vive para siempre para interceder por su pueblo. Así como el pan estaba siempre ante el Señor, así Cristo vive siempre en la presencia del Padre, como el representante del hombre caído. Los doce panes en que se dividía el pan representaban las doce tribus del antiguo Israel, y también los doce mil de cada una de las doce tribus que forman los ciento cuarenta y cuatro mil, quienes siguen al Cordero a dondequiera que va. Dios dio un mandamiento estricto de que el pan usado en el día de reposo debía hornearse el sexto día, para que no se horneara nada en el día de reposo; pero este «pan de la presencia» se hacía en el día de reposo, se colocaba sobre las mesas en el día de reposo, y el pan viejo que se retiraba se comía en el día de reposo. Todo lo conectado con el servicio de la mesa de los panes de la proposición era servicio del día de reposo. Seguramente debe enseñar que Cristo tiene bendiciones especiales para su pueblo en el día de reposo, y que deben colocarse nuevos suministros de su Palabra, el «pan de vida», sobre su mesa; y así como los sacerdotes comían el mismo pan la semana siguiente que habían colocado fresco en la mesa, y este era asimilado y se convertía en parte de ellos mismos, así Cristo quiere que cada uno de sus seguidores que presenta de nuevo el pan de vida cada día de reposo, coma ese mismo pan y lo haga parte de sus propias vidas. El pueblo de Dios es «un sacerdocio santo», embajadores de Cristo, representándolo en la tierra.

El candelero de oro representaba la iglesia de Dios. Era de obra batida, muchos golpes fuertes de martillo fueron necesarios para fundir las piezas de oro en un todo completo y formar el candelero perfecto. De manera similar, se necesitan muchas pruebas y castigos para erradicar el orgullo, la envidia y la codicia del pueblo de Dios, y fusionarlos en una iglesia completa, «sin mancha ni arruga ni cosa semejante». El candelero sostenía siete lámparas; estas lámparas

en el santuario terrenal eran un tipo de las «siete lámparas de fuego que arden delante del trono en el cielo, las cuales son los siete espíritus de Dios».

Cristo dice de la iglesia: «Vosotros sois la luz del mundo». El Espíritu de Dios brilla sobre la tierra a través de la iglesia. La iglesia, el candelero, sostiene la luz, guiando a las almas al Señor. El candelero era una pieza entera. Un individuo que está en desacuerdo con el cuerpo, la iglesia, no es parte del candelero. La tarea de arreglar las lámparas cada mañana y tarde no se dio a los levitas; sino que Aarón, el sumo sacerdote, el que representaba a Cristo en el sentido más pleno, limpiaba y rellenaba las lámparas. Él sirvió «a modo de ejemplo y sombra de las cosas celestiales». En el santuario celestial, cada día Cristo realiza la obra de la cual esto era un tipo. Es el privilegio de cada hijo de Dios creer, mientras cada mañana suplica fuerza y sabiduría para el día, que Cristo en el cielo está derramando un abundante suministro de su Espíritu Santo para satisfacer cada necesidad. Al final del día, mientras repasa sus fracasos y errores, puede saber que así como en la tierra el sumo sacerdote encendía las lámparas cada tarde, así Cristo, el gran Sumo Sacerdote, está dando de su Espíritu Santo para cubrir toda la obra del día.

Durante todo el año el servicio se realizaba en el primer compartimiento del santuario terrenal. Se hizo provisión para que grandes y pequeños, ricos y pobres, trajeran una ofrenda por el pecado, y al hacerlo mostraran su fe en el «Cordero de Dios» que quitaría los pecados del mundo.

El pecador traía su ofrenda inocente a la puerta del tabernáculo, y poniendo sus manos sobre su cabeza, confesaba sus pecados, así en tipo y sombra, transfiriéndolos a la ofrenda. ¿Qué podría representar de manera más adecuada a aquel que, dándose cuenta de que es pecador, confiesa sus pecados, poniéndolos todos sobre Jesús, el único que puede salvar a su pueblo de sus pecados?

En algunas ofrendas, una porción de la sangre era llevada por el sacerdote al lugar santo y presentada ante el Señor. En cada ofrenda por el pecado donde la sangre no era llevada al lugar santo, una porción de la carne era comida por el sacerdote en el lugar santo. La carne era asimilada y se convertía en parte del

sacerdote, tipificando así a Cristo, quien «cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero». Cristo entró en el santuario celestial con el mismo cuerpo que colgó en la cruz; también entró con su propia sangre. Era necesario en el tipo llevar tanto la carne como la sangre al santuario para representar plenamente la obra de Cristo. Todas las ofrendas eran necesarias para representar la obra completa de Cristo. Cada ofrenda tipificaba alguna porción especial de su obra.

Después de que la sangre o la carne eran presentadas ante el Señor en el lugar santo, el pecador separaba la grasa de la ofrenda, y el sacerdote la quemaba sobre el altar de bronce, tipificando así la quema final del pecado. Era un dulce aroma para el Señor; porque representaba la quema del pecado sin el pecador. El resto de la sangre se derramaba en el suelo en la base del altar de bronce, tipificando así que la tierra sería liberada de la maldición del pecado por la sangre de Cristo. Día tras día durante todo el año, este servicio se llevaba a cabo en el primer compartimiento. La bendición del Señor lo acompañaba, y a veces la brillante gloria, que representaba la presencia visible de Dios, llenaba el primer compartimiento, y el Señor se comunicaba con ellos en la puerta.

El décimo día del séptimo mes era el día culminante en el servicio del tabernáculo. Este era el único día en que el servicio se realizaba más allá del segundo velo, en el lugar santísimo.

Antes de que el sacerdote ofreciera las ofrendas por el pecado del día, ofrecía un becerro por sus propios pecados y por los de su casa. Se elegían dos cabras y se echaban suertes sobre ellas, una suerte para el Señor, la otra para Azazel, el maligno. La cabra sobre la cual cayó la suerte del Señor se ofrecía como ofrenda por el pecado; el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo con esta sangre, y la rociaba sobre el propiciatorio hacia el este, siete veces. Luego salía al altar de oro que había sido tocado tantas veces durante el año con la sangre de las ofrendas por el pecado y con la sangre de la cabra del Señor, lo limpiaba de toda la inmundicia de los hijos de Israel. Cuando había terminado de limpiar el santuario, cuando todo pecado confesado había sido eliminado del lugar sagrado,

el sumo sacerdote salía, llevando los pecados del pueblo, y ponía sus manos sobre la cabeza del macho cabrío, confesando sobre él todos los pecados de los hijos de Israel. Entonces la cabra, llevando los pecados, era llevada al desierto, y el pueblo quedaba libre de los pecados para siempre.

El tipo era un hermoso servicio, pero el antetipo es mucho más hermoso.

Cristo nuestro Sumo Sacerdote ofició en el primer compartimiento desde su ascensión al cielo hasta el final de los dos mil trescientos días de Dan. 8:14, cuando el santuario celestial iba a ser limpiado. Este período terminó en el otoño de 1844; momento en el cual Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial. En el tipo, todo rastro de pecado era eliminado el décimo día del séptimo mes. Este día se llamaba el día de la expiación, o de la *reconciliación* (*at-one-ment*), porque los pecados que separaban a Dios y a su pueblo eran entonces eliminados.

En el antetipo, Cristo elimina para siempre los pecados de su pueblo, y para que esto se haga, debe haber un examen de cada caso. Daniel vio los libros del cielo abiertos, y Juan dice que los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros. La eliminación de los pecados necesita un examen de cada caso individual. Desde 1844, Cristo y los seres celestiales asociados con Él, han estado examinando los registros del cielo. El nombre de todo aquel que alguna vez ha confesado sus pecados, será revisado ante el Padre. Las palabras regresan a la tierra: «El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y lo confesaré delante de mi Padre, y delante de sus ángeles» (Apocalipsis 3:5). Cuando cada caso sea decidido, Cristo cierra su obra y abandona el santuario. Luego pone todos los pecados de su pueblo sobre Satanás, el macho cabrío antitípico, y él queda sobre la tierra desolada durante los mil años.

En el tipo, después de que los pecados eran puestos sobre el macho cabrío, el sacerdote limpiaba el atrio; los cuerpos de las ofrendas eran quemados en un lugar limpio. Cuando el sol se puso en la víspera del día de la expiación, las

cenizas en el lugar limpio eran todo lo que quedaba de aquello que representaba el pecado y que había profanado el santuario. De la misma manera, cuando el gran día antitípico de la expiación termine, todo lo que quedará del pecado, de los pecadores y de Satanás, serán las cenizas bajo las plantas de los pies de los justos en la nueva tierra. Después del largo conflicto de Satanás con Dios y su pueblo, él será destruido, y sus cenizas, fertilizando la nueva tierra, solo añadirán a su belleza.

Así termina el largo conflicto. Nunca más la armonía del universo será empañada por el pecado. La tristeza y el dolor ya no serán sentidos por los amados del Señor; sino que a través de las edades incesantes de la eternidad cantos de alabanza y regocijo saldrán de labios tocados con eterna juventud. «Todo lo que respira alabe a Jehová. ¡Aleluya!» (Salmo 150:6).